

Palabras de inicio.

“Toda visión se trueca en contemplación, toda contemplación en reflexión, toda reflexión en asociación, y así puede decirse que cada vez que miramos atentamente teorizamos ya sobre el mundo”. Goethe

Este texto que hoy presento responde a un camino iniciado hace algunos años y en el que aún queda mucho por descubrir. No hay en él afirmaciones definitivas puesto que eso sería incompatible con nuestra manera de entender el saber. Me refiero a él como “texto vivo” porque continúo trabajando y volcando allí mis reflexiones concebidas en el itinerario analítico con mis pacientes.

Tiene como objeto aproximarme a profundizar algunos efectos en el adulto que se ha constituido como sujeto, ante un progenitor psicótico.

No es mi propuesta pensarlos como a un colectivo con una especificidad globalizable; pero sí formando parte de un cierto tipo de sujetos de soporte frágil, singular y con un discurso de sustancia huidiza, que bajo la apariencia de lo que llamamos resistencia, tramita la protección de algún personaje de otra generación.

En algunos casos “psicosis” es el diagnóstico pronunciado por la psiquiatría, pero en muchas ocasiones no existe tal diagnóstico, habiendo existido en la generación anterior alguna de las figuras parentales con una psicosis compensada y no reconocida por el entorno. La renegación, el secreto, el silencio, levantaron un muro difícil de atravesar.

El precepto que manda callar todo aquello que no se sabe cómo decir, es una orden no recogida por algunos sujetos que pertenecen a la comunidad a la que hago referencia, por eso me permito anticipar que habiendo podido quedarse amordazados optaron por preguntarse.

Lo que no se dice se va amontonando en el psiquismo y borra los senderos que le acercan al otro. Se queda sin esa “gota de luz” que es la palabra encarnada, capaz de aliviar esa fractura del origen y la brisa rota de la infancia.

Así como todo discurso escribe y describe una forma de vínculo con el otro, un lazo social, el de los psicoanalistas, recorre la lengua de lo “no-normal” que es la nuestra, que debemos diferenciarla de lo patológico, ya que normal y patológico forman parte de un discurso que se propone como amo del saber para llegar a la posición del puro prestigio narcisista.

Los pacientes que han hecho posible éste trabajo han buscado en el análisis un lugar para vivir donde no se les exija ser la única alimentación que da un poco de vida a un cadáver, a ese lenguaje fosilizado de la certeza.

Es el trabajo de reconstrucción en la experiencia analítica lo que va a facilitarle al sujeto dejar de arrastrar sus pasos tras la sombra de un monumento de piedra, por identificación con el progenitor enfermo.

Para hablar de algunos de ellos, creo que nos haría falta construir una nueva manera de pensar y hablar de la clínica, que se independice de la ecolalia de un discurso venerado de los maestros de otro tiempo.

A mi recorrido por la práctica clínica le ha acompañado otro, el realizado por las obras de algunos autores en apariencia incompatibles.

Con algunos de ellos la historia es larga y aunque la admiración pueda transformarse en obstáculo, ellos también son mis compañeros de viaje.

Mientras tanto trabajamos en ello asumiendo la falta de muchas palabras para dar soporte a este camino.

Voy a apuntar dos hipótesis que surgieron de mi clínica; y la compañía, para mí, ineludible de la poesía.

La 1ª hipótesis ofrece una reflexión sobre la posición del analista y la recuperación del registro de lo imaginario; su potencia y su impostergable reconocimiento como herramienta para la construcción del vínculo y la transferencia.

La 2ª propone una aproximación a la transmisión de la potencialidad psicótica y a su potencialidad creadora. Serán algunas ideas psicoanalíticas y el transitar por la figura lorquiana del “duende”, las que servirán de marco.

En algunos mundos psíquicos las imágenes vagabundean cuando no consiguen calmar al duende que reclama ser oído en su verdad singular, ya que al igual que la belleza, la verdad singular se siente apremiada por la incertidumbre. El miedo a la locura no se fuga de la ley, la busca y la suplica, porque si no la encuentra el desmoronamiento del psiquismo atraviesa el ser del sujeto despojándolo de su existencia.

¿Por qué la poesía? Porque el hambre de la palabra ha hecho que no me sea posible, hablar de psicoanálisis sin tomar del discurso poético la “gota de luz”, en términos de Octavio Paz. La palabra nueva que puede ser soñada antes que escrita, esa palabra nueva la encuentro en la poesía, que como madre nutricia aporta un decir con fuerza expresiva y sintética más cerca del otro.

El deseo inconsciente de transmitir que Freud nos ha legado, nos lleva al atajo donde confluyen el tiempo efímero del sentido y de la vida.

La metáfora poética como la función de la metáfora en psicoanálisis, coge una senda que lejos de separar, acerca a la verdad singular del momento más íntimo del deseo. Ya que la verdad poética así como captura el instante, puede cambiar.

Participo de la idea lorquiana de que “la poesía no admite la indiferencia.” Allí reside, desde mi punto de vista, el estrecho parentesco entre la poesía y el psicoanálisis.

Es de Freud el mérito de revelar el torrente capaz de atropellar al hombre desde su interior: un inconsciente que gotea incansablemente cada una de sus huellas. Desde allí, el síntoma como producción, denunciará la marca de su impostergable enunciación, ante otro que le escuche dándole el lugar para ser alguien. Esta disponibilidad psíquica del analista, consagrado a la espera de cualquier argumento o de ninguno, compromete su deseo en el juego del análisis donde su oficio del ritmo y la medida se prestan al imprevisto de la creación.

Cada intervención del analista debe volver a nacer en otra parte, porque el lugar desde el que cada palabra se enuncie debería ser siempre otro, aunque algunas veces nuestro indigente talento no llegue más que a transmitir un mensaje.

La pasión por la escucha del analista es el anclaje del hilo conductor del movimiento de la voz del analizante, que como una hebra del discurso teje la historia de su dolor y de su soledad. El dolor siempre está solo cuando no hay otro que con su presencia sostenga su mirada.

Compartiré con vosotros mi espíritu de transeúnte, del que encuentra y recoge los “saberes” de otros para meter mis pies en sus zapatos viejos, porque son los que mejor conocen el camino... y seguir andando.

No puedo dejar de mencionar mi agradecimiento a la que fue mi maestra: Mme. Piera Aulagnier, de quien recibí una generosa transmisión, y en particular su enseñanza, de lo lejos que aún estamos de haber saldado la deuda contraída con el discurso psicótico y el de algunos de sus descendientes.

En cualquier caso mi diálogo imaginario con los autores ha respondido a un intercambio. Los discursos se entrecruzan, divergen, se responden, sin oponerse realmente y sin fusionarse. Es mi deseo que en éste texto y en

otros, los psicoanalistas podemos cohabitar en diferentes idiomas, que guardando su identidad se expresan en una misma lengua, la psicoanalítica.

Varios de aquellos pacientes a los que hacía referencia, hoy son excelentes psicoanalistas, periodistas, pintores, etc... creadores de su propia existencia y responsables de sus sueños.

Haber sido su segunda o tercera analista me ha ofrecido una posición privilegiada en los análisis dirigidos.

Para todos ellos mi gratitud por haberme permitido entrar en las telarañas de sus fantasmas, por haber soportado que nos perdiéramos juntos e incluso caernos en algún borde sin nombre y cohabitar en esa soledad, tan particular que en algunos de ellos adoptaba la dimensión de destino.

M.C. Rodríguez-Rendo